

El «Grupo Renovación» se ha señalado por haberse abstenido hasta la fecha de participar en toda actividad estudiantil.

La «Federación de Estudiantes de Chile», institución que agrupa a los universitarios como cuerpo representativo, ha sido objeto de ataques lanzados desde distintos bandos. Se apoya principalmente en el «Grupo Vanguardia». Dió a conocer una proclama y llamó a una Asamblea, en que las disensiones ideológicas hicieron imposible su concierto. Para transformar la Federación y preparar su declaración de

principios, según ha manifestado el Directorio, se llama a una Convención Estudiantil. En ella se abordarán los puntos que consulta el programa: mundiales, sudamericanos, nacionales y universitarios.

Esto es lo que nos muestra hasta el momento la bien nutrida política estudiantil. Esperamos informar a nuestros lectores sobre el rumbo que asuma en la medida que aparezca nuestra Revista.

D.

Bibliografía

BARROS ARANA Y EL METODO ANALITICO EN LA HISTORIA, por Guillermo Feliú Cruz. El autor ha reunido en un pequeño volumen de 48 páginas, dedicado a don Domingo Amunátegui Solar, dos conferencias, que sobre «Barros Arana y el método analítico en la historia» diera a fines del año pasado en la Universidad de Concepción y en el Centro de Estudiantes de Historia del Instituto Pedagógico.

El espíritu esencialmente analítico de Barros Arana—dice el señor Feliú—no era extraño a la corriente cultural de su época. Era el resultado del libre análisis en que se fundaba la enseñanza laica. Estudia la personalidad de Bello y precisa el rumbo dado por él a la enseñanza y a la investigación científica en nuestro país: «Espíritu frío, ponderado, circunspecto», el sabio venezolano era extraño por naturaleza a todo arranque de la imaginación. En sus largos años de estadía en Londres había captado el sentido realista y la manera de ser del carácter inglés. Individualista en política, no comprendía las limitaciones del Estado en las actividades de los hombres. Su afición por las ciencias experimentales le llevó a despreciar la abstracción de las ideas. Sólo el análisis era el método que convenía a su formación intelectual y a su temperamento.

«Los historiadores no hicieron obra de arte, porque Bello no quiso que se hiciera, ni permitió tampoco que se filosofase en su nombre. Prefirió la crónica, y los que él educó fueron cronistas, que formaron una legión poderosa de sabios eruditos, amigos de los papeles, anotadores incansables de datos, cifras y hechos.»

Pensaba que el historiador chileno no debía filosofar sobre los hechos, limitándose a su simple exposición.

El método preconizado por Bello encontró su mejor intérprete en el más grande de los historiadores chilenos: Diego Barros Arana.

«Historiador sobre todo, bibliógrafo, erudito, Barros Arana llevó a la perfección la doctrina historiográfica levantada por Bello, en contraposición a la de Lastarria. Impuso a su obra el sello profundo de su genio en la aplicación del método analítico en la his-

toria, tal como lo quería y deseaba el sabio Rector de la Universidad de Chile.»

«Aún cuando el historiador chileno—afirma el señor Feliú—no hubiese seguido la doctrina de Bello, siempre habría llegado a fundar en la historiografía chilena el método que le debe a aquél, porque se conformaba admirablemente con su psicología personal, con su manera de ser intelectual». Enemigo de toda especulación, carente de espíritu filosófico no le interesa en absoluto la interpretación de los documentos. El método analítico era el único que podía corresponder a tal carácter. Y al servicio de él puso todo el poder de su incomparable penetración crítica.

Como su maestro, Barros Arana terminó imponiendo una escuela historiográfica e influyó en forma determinante en el rumbo de la educación.

A él se debe la conformación de nuestra mentalidad, en el sentido de la ilustración y del simple conocimiento analítico. De ahí que la posición crítica haya sido una característica nacional. En esta actitud ve el señor Feliú Cruz la fuente de la mayoría de los defectos que han llegado a incorporarse a nuestra psicología.

Por otra parte la carencia de grandes síntesis ha restado a la historia su calor humano e impedido conocer nuestra formación de pueblo.

Y el autor se hace la siguiente reflexión: ¿Hasta dónde debemos agradecer a Bello su enseñanza? ¿Hasta dónde a Barros Arana? Cree que al hacernos despreciar la filosofía base de toda cultura nos hicieron más mal que bien. Ve en la anarquía de ideas actuales y la plaga del profesionalismo una consecuencia del sentido práctico de los grandes maestros. A la carencia de una escuela intelectual con base filosófica—agrega—hay que añadir una total ignorancia de nuestra nacionalidad. Se ve tentado de proclamar el fracaso de los historiadores chilenos como orientadores de la cultura histórica. Y aquí ostá la novedad de su ensayo, lo interesante de él: de decir con toda valentía y franqueza lo que hasta ahora no se había dicho de Barros Arana y sus continuadores. Lo que se había callado por interés de tribu o por-

que se creía restar con ello valor al autor de la **Historia General de Chile**. Los historiadores chilenos—dice el señor Feliú— «fueron incapaces de desenvolver el sentido de la vida del pasado, por más que ese pasado esté encerrado en limitaciones bien estrechas. Arrastrado en la carrera loca de la investigación puramente erudita, que vino a convertir al fin, en una especie de manía por desentrañar papeles inéditos, no nos dejaron conocer lo que éramos para explicarnos nuestra formación de pueblo, nuestra condición de raza. Y en pocos países de América se ha escrito más historia que en Chile, y se ha exaltado más el patriotismo. Se ha exagerado nuestra grandeza. Nos han hecho creer que somos un pueblo superior. Nuestras virtudes aparecen dominando, avasalladoras, sobre las lacras de nuestros vicios. No nos dejaron ver nuestros defectos; y el orgullo, el heroísmo, el desprecio, han adquirido las proporciones de una elefantiasis. Pero la historia escrita por nuestros mejores historiadores, sólo sirvió siempre para fortalecer las pretensiones de una casta y asegurar su posición. No rozó la epidermis del gran pueblo». Y más adelante agrega. «La historia nacional no desprendió enseñanzas ni el chileno fué capaz de arrancarla de sus copiosos anales. Hecha por sabios, fué escrita para sabios, para individuos especializados. Trabajada por eruditos, los volúmenes fueron amontonándose en las bibliotecas para solaz de ratones de bibliotecas. No se pensó en el grueso del pueblo. Se ignoró la existencia de una clase intermedia, a la cual, mejor que a ninguna otra, convenía conocer nuestra evolución en todos sus aspectos». En realidad son duros estos juicios, que en forma especial alcanzan a Barros Arana; pero ellos son exactos. No son dichos por un diletante ni por un desorientado declamador de la historia, sino por una persona que ha cimentado su prestigio en largos años de fructuosos estudios e investigación.

Cierta prensa ha creído ver en este ensayo un espíritu tendencioso para el autor de la **Historia General de Chile**.

Las frases siguientes del señor Feliú prueban lo contrario. «Lo que en Barros Arana fué un triunfo de la constancia, del método y de la inteligencia, en otros historiadores fué nada más que un proyecto mal logrado, perdido en el campo de la pura erudición de la literatura». «La Historia General, por otra parte, es un tratado perfecto de lo que podríamos llamar un verdadero magisterio en esta clase de estudios. Las notas de ese libro son de tal manera nutridas de asuntos de crítica documental, de crítica de fuentes; son tan maravillosamente sabias en lo que respecta a la heurística y a la hermenéutica; son tan primorosamente acabadas en lo que dice relación con la bibliografía y la historia literaria de América y de Chile, que desglosadas de ese libro fundamental y ordenadas con inteligente discreción, formarían un volumen digno de la firma del mejor erudito alemán de la segunda mitad del siglo XIX». El espíritu de esta prensa retrógrada y simplista prueba la hipótesis afirmada por el señor Feliú: la carencia de filosofía en nuestra

educación nos ha llevado a esta mentalidad

Bello y sus discípulos, Barros Arana, y los demás historiadores del siglo pasado, nos preguntamos, ¿correspondieron a un espíritu nacional? esto es, ¿su alma fué producto de nuestra historia? Desde luego ésta nos afirma negativamente. La independencia fué una revolución política, y no nos cambió nada de nuestro espíritu, que continuó modulante de avemarías, empregnado del espíritu faústico, amante del honor, de la gloria y de la idea de predominio, que a nuestro modo de ver encontró su más amplia expresión en el revolucionario y en el montonero. Barros Arana y los demás historiadores del siglo pasado no tienen este espíritu, «el primero es anticlerical, y «su credo liberal—añade el señor Feliú—miraba hacia el constitucionalismo, que sólo requiere la sucesión regular del poder.» Como vemos, pues, nuestra alma de entonces y la de nuestros maestros fueron muy diversas. La segunda influyó en la de nuestra nación y la acalló o más bien hicieron una alianza, alianza que no le comunicó vida interior alguna, por el contrario a la nación de aquella época le quitó lo que tenía: fuimos menos revolucionarios, menos montoneros que los otros pueblos de América. Ello nos produjo salud y bien. Si la nación le debe este triunfo, en cambio también le debe la maldición que pesa sobre todas las obras humanas, cuando llegan a fijar para toda la eternidad el espíritu en fórmulas inalterables, en este marco estrecho de la mentalidad del inglés del siglo pasado. Era un espíritu que no era nuestro espíritu. Aunque haya nacido de una alma y aunque haya sido necesario para conservarle, esta cáscara protectora no se rompió nunca, para infundir en ella renovación, sino que ahogó nuestra vida en vez de fomentarla, nos petrificó y convirtió nuestro espíritu en un precepto jurídico al cual fuimos encadenados.

Nuestra vida quedó latente, pasaron años y acontecimientos en el cosmo entero. En Asia el dormido chino despertó a la República; el alma de los rusos en busca de luz se convirtió en llamas y los valores espirituales europeos se hundían en los abismos de la duda y de la negación, en cambio nuestro espíritu yacía dormido, en el cascarón en que nuestros maestros nos petrificaron; hasta que hemos quedado en una contraposición, en dos polos opuestos pero en una misma mentalidad, en un mismo factor común: el de la simpleza, nuestra alma sencilla de niño que no ha despertado, y el viejo y caduco marco carente de abstracción y de síntesis.

Contra esta mentalidad y sus forjadores el señor Feliú esgrime su razón, y he aquí el mérito de su obra, a nuestro modo de ver. Su ensayo además lleva envuelta una invitación a la concentración en sí mismo, a mirar nuestro pasado sin cobardía, contemplar las tinieblas de nuestra alma sin perplejidad, para que en el futuro sintamos el calor de nuestro espíritu y el aliento de nuestra propia cultura. Esto no es negar el pasado, es revisarlo, para que con el fuego de nuestra historia miremos con fuerza el porvenir; en este camino el señor Feliú ha dado un

paso, el primero, pero con valor y clara inteligencia. Ojalá que encuentre continuadores, para que desterremos nuestra simpleza y pesadez de espíritu, solucionando así el más grande de nuestros problemas: el educacional; de modo que mañana ante el impulso de la filosofía de nuestro propio yo forjemos personalidades fuertes llenas de resplandor y de luz.

El resto del libro está dedicado al análisis detenido de la personalidad de Barros Arana, y su obra como discípulo de Bello y continuador de su tradición en el arte de escribir la historia. La interpretación del sistema y del plan empleado por el señor Feliú está hecha a base de interesantes citas del mismo Barros Arana, sacadas del prólogo y de la conclusión de su obra.

O. FABRES V. y L. FUENTEALBA H.

LA EDAD MEDIA Y LA EMPRESA DE AMERICA, por el Dr. Claudio Sánchez Albornoz, Rector de la Univ. Central de Madrid. La Plata, 1933. Opúsculo N.º 14 de 26 págs., editado por el Dep. de Extensión Univ. de la Univ. de La Plata.

que ni el mismo señor Sánchez sospechó. El despertar de su patria a nueva vida lo llamó a colaborar en su reconstrucción, quedándonos aquí nosotros con la sed de su palabra y con la esperanza ávida de nuevos horizontes que su espíritu nos iba a revelar. Sólo llegó hasta Buenos Aires y de allí volvió al viejo mundo. En la Universidad de la Plata dictó algunas conferencias, llenas de inquietud y de comunicación espiritual. Una de ellas fué la Edad Media y la Empresa de América, en donde plantea el siguiente problema: «Será audacia en mí, ver en la empresa de América una prolongación de la Edad Media, una proyección del medievo hispano en el espacio y en el tiempo y una reafirmación de las rutas medievales de España.» «La lucha con el Islam y la necesidad de restaurar y repoblar España impidieron a ésta seguir un proceso de desenvolvimiento parecido al de los otros países de Occidente. Historiadores de la talla de Menéndez Pidal coinciden conmigo al apreciar ese mismo retraso en la vida espiritual hispana y al destacar los puntos

tardíos—la concepción del imperio universal, la compañía de Jesús, la nueva mística de Teresa de Avila y de Juan de la Cruz, la nueva escolástica de Vitoria y de Suárez, y el teatro que el espíritu medieval español produce en plena Edad Moderna». «Hija póstuma del medievo hispano, fruto de nuestras andanzas medievales fué también la empresa de América, que es el símbolo de último período heroico de la edad media». Es una forma totalitaria de la vida, anárquica y rebelde como las aguas de los ríos: sus expediciones son como la de los niños en busca de estrellas, su colonización a diferencia de la de Roma, «planeada, dirigida y organizada por el Estado es acción dispersa, no tiene el ambiente burgués de signo moderno, postrenacentista de la colonización inglesa.» De lo profundo de este momento histórico—pensamos—fluye el antagonismo de nuestra mentalidad con la anglo-americana: nosotros según Sánchez Albornoz «tenemos olorillo a fraile, a labriego y a soldado, en fin a medievo.

Pero su alumbramiento, la creación de nuestra luz, de nuestro mundo, la consumió en la inercia, la hizo estancarse en el tiempo petrificarse en un paisaje blanco: las casas, el cielo, las nubes son blancas de España. Sánchez Albornoz añade «Nuestra hipersensibilidad guerrera, la hipertrofia de nuestra clerecía y la atenuación de nuestra sensibilidad política que la Edad Media nos legó como desdichado corolario, lejos de corregirse se acentúa a consecuencia de la empresa americana. Cuando se acabaron en España los infieles surgieron en América los indios, por cuya evangelización había de trabajarse sin desmayo. Cuando se cerraron las fronteras, y con ésto «la posible expansión y enriquecimiento de la clerecía de las tierras tomadas a los moros, al otro lado del océano se abrió un mundo virgen a la difusión y engrandecimiento de la iglesia».

América, mundo nuevo, fué consumiéndose toda su energía, sus comerciantes sus marinos y sus industriales, por lo cual Sánchez Albornoz agrega «el ruralismo, herencia desdichada de la Edad Media, más que mitigarse se acentuó» así España se hundió en la noche infinita del conservantismo, y en el sueño aletargado de la tierra; se quedó sin masas fabriles, sin ese nervio plástico que se estira a un horizonte preñado de luz, sin esas masas que sienten con fuerza «la revolución de los problemas políticos», la inquietud por un nuevo espíritu y por una nueva concepción de la vida. En fin, América crucificó a España en la cruz medieval.